ZR/327
COMIN LEGADO

AÑO XXVIII
Número 1.405

Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

mundo gráfico

Miércoles, 12 de Octubre de 1938

40 CTS

LA FIESTA DE LA RAZA

CATEGORÍA ESPAÑOLA

«La muerte de Colón», cuadro en que Ortego evocó la hora final del gran descubridor cuya figuro recuerdan hoy España y la América española con apasionado fervor

SERÍA pueril evocar ahora una de aquellas solemnidades académicas que se celebraban por el mundo oficial para conmemorar la Fiesta de la Raza.

Naturalmente, nada quedaba de aquellas artificiosas explosiones retóricas. América, la América de raza española, sus masas populares, los descendientes de los conquistadores y los bisnietos de los conquistados, permanecían impasibles ante aquel alud sensiblero de pobre literatura alegórica.

Mas henos aquí ante un nuevo 12 de Octubre y una nueva Fiesta de la Raza. No puede tener hoy la conmemoración el mismo huero significado que antaño. Se va a recordar a gran parte de América la gesta racial española en toda la geografía del Nuevo Continente. Y hoy ya no hablará a aquellos pueblos jóvenes la España anquilosada de los privilegios, los despotismos y las explotaciones. Hoy ha de hablarles la España en carne viva del pueblo que lucha y sufre, como aquellos pueblos ayer, por su libertad y por su independencia.

Ahora es la España que trabaja y que sufre, la España que demuestra su ingente capacidad viviendo una gran epopeya, la que puede, redimida por el dolor y libre de extrañas tutelas, dirigirse a los pueblos de la América que lleva nuestra sangre y pedirles solidaridad, sentirse de verdad identificados con ellos y confiarles sus esperanzas para el futuro.

La certera clarividencia de Indalecio Prieto lo ha dicho recientemente: «España, para reconstruirse, para volver a ponerse en pie después del trágico período que está viviendo, no necesitará hipotecar su porvenir a intereses extraños.

De América, de la América demócrata y progresiva que habla nuestro mismo idioma y lleva nuestra misma sangre, podrá venir el aliento espiritual y la ayuda material fervorosa y desinteresada que España necesitará para restañar sus heridas y afianzar su porvenir.

VISADO POR LA CENSURA

Y ahora la voz española que busque esa solidaridad allende el mar no clamará, como antaño, en el desierto de los tópicos frívolos e inútiles... Ahora sí, después del ingente esfuerzo, del magnífico heroísmo, del grandioso sacrificio que España está haciendo por su liberación, su voz encontrará eco en todos los corazones de nuestra raza. La América española tendrá a orgullo y a gloria el serlo. Hoy más que nunca. Porque cuando todo en Europa son tristes claudicaciones, sometimientos cobardes y mezquinos egoísmos, ha sonado en verdad la hora que predijo en memorable ocasión don Manuel Azaña cuando afirmó: «Nuestro sacrificio de hoy no será baldío. Porque llegará un momento en que sólo el hecho de ser español nos dará categoría en el Mundo.»

VALORES DE ESPAÑA

"PEDRO CRESPO" en MADRID y en MOSCÚ

Enrique Borrás ha sido uno de los mejores intérpretes de «Pedro Crespo» en la inmortal creación calderoniana

En una magnífica fiesta de arte, patrocinada por los periodistas y a beneficio de la Campaña de Invierno, se ha representado a todo honor la grandiosa creación calderoniana *El alcalde de Zalamea*.

La figura ingente de «Pedro Crespo», símbolo y meta de virtudes raciales, se ha puesto de nuevo en pie en nuestra escena. Y su sombra gigante parece proyectada por un sol de hoy. Sombra que no es fantasma, como en la España de ahora nos parecerían tantas otras figuras que en el pasado histórico se consideraban señeras e intangibles.

Con «Pedro Crespo» no sucede tal. Su humanidad, pese al tiempo, se mantiene viva, incólume, henchida de savia. Era curioso el experimento; ver cómo vibraba en el espíritu de un público en el que el dramatismo de la guerra ha operado una profunda transformación ideológica, la obra de un clérigo del siglo XVII, capellán de honor de Felipe IV.

Hemos insistido varias veces en que el teatro que hoy se hace no responde dignamente a la intensidad, a la magnitud de los momentos que vive España. Todas las obras, aun las de fecha más reciente, parecen, más que viejas, envejecidas, inactuales, como polvorientos, inexpresivos restos de un mundo arcaico, distante, casi inexistente.

Y he aquí que con toda su pátina de siglos, Calderón, el Calderón enjundioso y viril de *El alcalde de Zalamea*, sólo por su fuerza racial, por su solera popular, parece más de hoy que el más flamante de los autores recién estrenados. El éxito de «Pedro Crespo» ante el auditorio de Madrid en guerra es toda una lección.

Hablando en verso y con atuendo arcaico, los personajes de *El alcalde* son más de ahora que los figurones de las comedias al uso.

La razón de su perennidad hay que buscarla en su entronque popular, en que están arrancados de la entraña del pueblo cuya medula es eterna y desafía al pueblo. La viril rebeldía, la arrogancia castellana del «Pedro Crespo» de ayer es gemela del gesto heroico, de la resolución viril con que el auténtico pueblo español de hoy defiende su honor y su libertad. La tónica espiritual de un español de 1650 tiene los mismos grados de robustez—al enfrentarse con la injusticia, con el atro-

pello y el despotismo—que posee el alma de un español de 1938.

He aquí el secreto de la supervivencia calderoniana. Siendo muy español, muy de nuestra raza, tiene alientos universales, sentimientos de dignidad, valores morales comunes a todos los hombres dignos de serlo.

No es extraño, pues, que casi al mismo tiempo que en Madrid «Pedro Crespo» haya alzado con el mismo éxito su voz robusta en uno de los principales teatros de Moscú. El pueblo ruso y el español han vibrado con idéntica emoción admirativa ante la obra inmortal.

Y no atribúyase a simpatía política el éxito del glorioso dramaturgo español en lejanos climas. No es de hoy esa admiración apasionada por nuestro Calderón. Es oportuno recordar que ya en 1685 unos comediantes de la Corte del Elector de Sajonia, creadores del primer teatro real alemán, ya llevaban de repertorio, con otras traducciones de Molière, Goldoni y Shakespeare, las principales piezas dramáticas de Calderón.

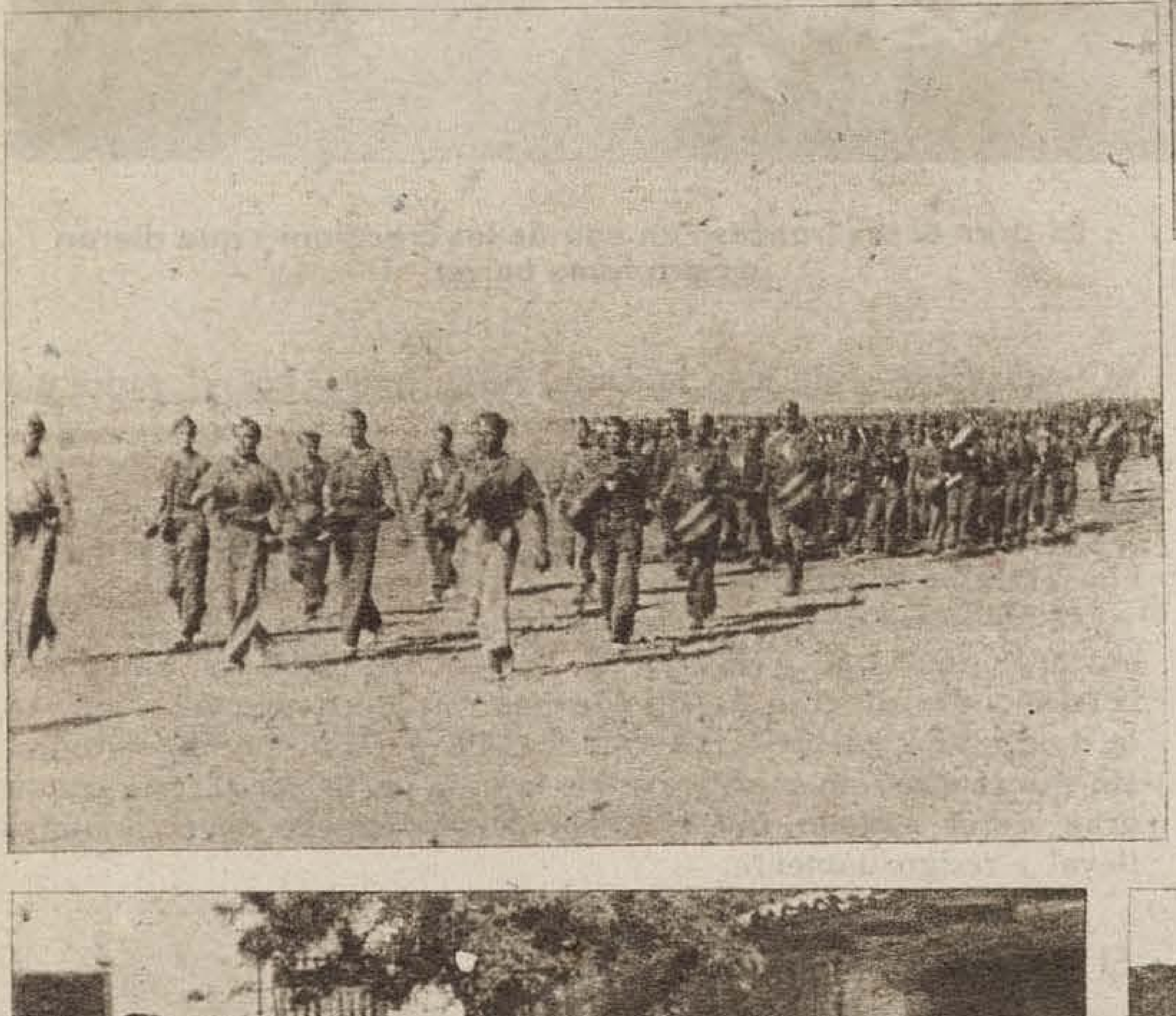
Goethe llegó a decir de Calderón que en muchas obras le consideraba muy superior a Shakespeare, porque tenía un sentido más ideal y, sin embargo, más humano que el coloso inglés.

Con más frecuencia que en España se ha estudiado y representado a Calderón en ambientes exóticos. Se le ha buscado, con la máxima atención, unas veces mirando su faceta espiritualista y romántica; otras, tratando de escudriñar en su simbolismo y en su amplia idealidad, y otras, como prototipo de un arte teatral que ahora resulta nuevo, ¡de vanguardia!, porque en él se da perfectamente la tendencia preconizada por los críticos más modernos como el medio de hacer resurgir las mejores glorias de la escena: «la reteatralización del teatro».

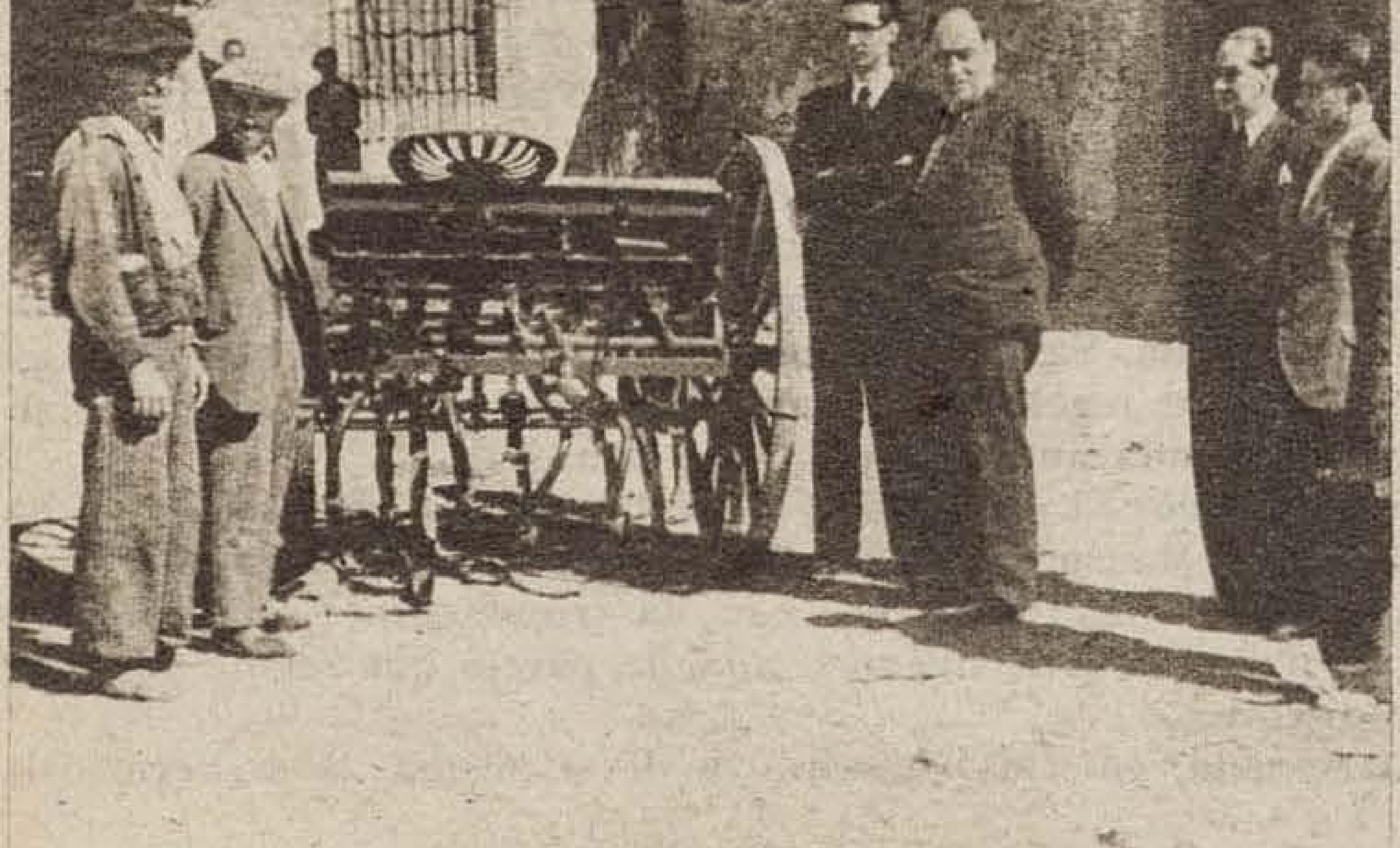
Fórmula que, como todo lo que parece muy nuevo, es muy antigua, y que debiera servir de espejo y de lección a nuestros perezosos, claudicantes y desorientados dramaturgos de hoy.

Una nueva bandera a una Brigada del Ejército Popular

La recompensa a los campesinos de un pueblo madrileño



Arriba, a la izquierda: Una Brigada desfilando ante sus jefes, después de haberle sido entregada una nueva bandera.—A la derecha: El coronel jefe del Ejército del Centro pronunciando unas palabras en el acto de entrega de la nueva enseña.—Abajo, a la izquierda: Los delegados del Instituto de Reforma Agraria entregando una máquina sembradora a la colectividad campesina de un pueblo madrileño por su labor durante la cosecha.—Abajo, a la derecha: Las muchachas del S. R. I. hacen entrega de un botiquín y un periódico mural al Comité Femenino del mismo pueblo



Las grandes actrices y sus desconocidas novelas de amor

El secreto de Sara Bernhardt

La gran actriz francesa en una de las creaciones que dieron a Sara fama universal

La desaparición de la actriz

HAY en la vida de Sara Bernhardt algunos momentos y episodios muy distintos de los que comúnmente se conocen y figuran en las biografías de la actriz. En la vida más ruidosa, brillante y exterior hay siempre una zona a la que no llegan las ajenas miradas y que permanece siempre en penumbra, hermética a la curiosidad de fuer..

Ya Sara estaba consagrada como gran actriz. El triunfo y la gloria eran suyos. La actriz se había convertido en el ídolo de las multitudes francesas. Y un día desapareció de entre sus amigos, de entre su público. Nadie supo de ella. Duró su ausencia cerca de un año. ¿Dónde estaba Sara? Sus mejores amigos no tenían noticias de la actriz. Un absoluto misterio rodeaba la desaparición de Sara.

Al cabo de aquel tiempo, repentinamente, sin explicación alguna, como se había marchado, Sara reapareció. Venía algo más pálida, más delgada. Pero en su expresión, en la mirada apasionada de sus ojos, había como una luz nueva, como una expresión nueva.

Traía Sara consigo un niño como de mes y medio de edad. Orgullosamente lo presentó a sus amigos como hijo suyo. La actriz sonreía con una expresión llena de ternura humana al contemplar al chiquillo recién nacido.

El niño fué registrado en la alcaldía con el nombre de Mauricio y como hijo de Sara Bernhardt y de padre desconocido.

Sara Bernhardt en su interpretación de «El aguilucho», de Mauricio Rostand

El hijo

El chiquillo fué siempre el ídolo de la actriz. Ella sentía por el hijo un amor lleno de vehemencias y apasionamientos. Lo mimaba; lo atendía con un cariño excepcional.

Nunca llegó a saberse quién fué el padre de Mauricio Bernhardt. Nunca reveló Sara aquel gran secreto de su vida.

Para muchos, el chiquillo era hijo de un poderoso personaje político, que, debido a su posición social, no podía hacer conocer al Mundo sus relaciones amorosas con Sara. Según otros, el chiquillo no era sino un episodio, un accidente en la cadena de amoríos que formaban la vida de Sara. Posiblemente —añadían—, ni ella misma sabría quién era el padre del niño...

Lo que de verdad se supo siempre fué qu. el hijo llenó por completo la vida de Sara y que las mejores ternuras de ésta, sus más vehementes ilusiones, iban siem re hacia el niño, que crecía y se convertía en muchacho.

Un ambiente de mimo y de lujo rodeaba a Mauricio. Este, sin embargo, no supo ver aquella ilusión fervorosa de Sara. No correspondía al gran cariño de ésta. Su única preocupación era la de gastar y gastar. Una vida muelle y fácil, sin inquietudes, sin sobresaltos, sin sacrificics. En la vida de la actriz éste era su gran dolor callado, que ella, por lo mucho que quería al hijo, llevaba resignadamente.

El dolor y la muerte

Hasta su muerte, Sara vivió agobiada por sus deudas, de las que una buena parte era debida a aquellos continuos despilfarros de su hijo. Ella, impulsada por su ciego amor al muchacho, reconocía todos esos débitos. No concebía que el hijo pudiera portarse mal y una venda cegaba sus ojos apasionados de madre.

Un día, M-uricio Bernhardt se casó con la princesa Terka Jablonowska, descendiente arruinada de una antigua familia noble de Polonia. Sara vivió unos días de felicidad intensísima. Llenó de valiosos regalos a los novios y creyó que comenzaba en su nueva vida una nueva etapa de venturas.

Se equivocó. El matrimonio duró muy poco tiempo. Nadie podía soportar a Mauricio Bernhardt más allá de los primeros días de trabar conocimiento con él. Sara, la triunfadora, lloró el fracaso de no poder unir de nuevo a aquella pareja que seguía ya rumbos distintos.

Arruinada, enferma, sombra ya de sí misma, Sara Bernhardt

La eminente actriz trabajó varias veces ante los reclusos de las prisiones francesas. Vedla aquí, al final de una de aquellas representaciones, escuchando la lectura de unas palabras de gratitud de uno de los condenados

vivía ya sus días últimos. Agonizaba, y fuera, en la calle, los acreedores esperaban la hora del tránsito para cobrarse en los muebles las deudas de la actriz.

En aquellas horas finales, fronteras ya de la muerte, una de sus más íntimas amigas la visitó. La preguntó por el gran secreto de su vida. ¿Quién era el padre de Mauricio?

Al escuchar aquellas palabras, la actriz dejó reflejar en su rostro como un lejano resplandor de aquella perdida belleza de su juventud. Su boca marchita, hundida ya en el dolor de la muerte próxima, apuntó una sonrisa tenue. Unas palabras débiles, lentas, salieron de sus labios.

—Es el único hombre a quien he amado...

Ya no habló más. La muerte llegó pronto. Y al ser enterrada, se enterró con ella el secreto del nacimiento de aquel hijo

En el próximo número:

Un capítulo doloroso en la vida de

ELEONORA DUSE

Este número ha sido visado por la Censura

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFÍA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

HISTORIAS DE ESPIONAJE

LOS SECRETOS DE LA MARINA ALEMANA

(CONTINUACIÓN)

Hechas las presentaciones, la propia Ivona, casi sin que se lo preguntaran, contó que acababa de despedirse de un señor alemán que debía de ser muy rico, porque la estaba obsequiando espléndidamente. Era la segunda vez que había venido a París. La primera vez que estuvo, el hombre había recibido en el hotel por la tarde un telegrama, con el que recorrió en seguida todas las salas de baile, buscándola a ella para pasar una última noche juntos.

—Por cierto—añadió Ivona—que puse el telegrama aquel detrás de mi espejo, y allí estará seguramente todavía...

La muchacha se levantó de la mesa para bailar con un amigo. El alemán dijo al francés:

—Cómo me gustaría ver ese telegrama...

Cuando regresó Ivona, le hablaron de lo que querían de ella. Accedió sin la menor dificultad. Al día siguiente, el comisario regresaba a Alemania con el telegrama en el bolsillo.

Un servicio frustrado

El telegrama, dirigido a Glauss, decía simplemente: «Regrese inmediatamente. *Pettersen.*» Procedía de Wilhelmshaven.

Ya en Alemania, el comisario expuso detalladamente toda la labor realizada en París en relación con el robo de las joyas. Y acabada la exposición de sus gestiones, contó también el encuentro que había tenido con el vigilante en el tren. Mostró igualmente el telegrama.

El jefe le escuchaba atentamente. Leyó el telegrama y su rostro reflejó un gran asombro.

—¡Pero, hombre! ¡Qué lástima!... ¡Con el magnífico servicio que ha podido usted realizar!...

El jefe mostró al comisario una comunicación del Estado Mayor Central, dirigida a todos los grandes Centros policíacos del país, recomendando muy especialmente la vigilancia de los agentes del espionaje enemigo.

IX

LA TRAMA AL DESCUBIERTO

Sobre la pista

SEGÚN aquella comunicación dirigida por el Estado Mayor Central a los más destacados Centros policíacos, se había sabido que el espionaje extranjero había logrado conocer algunos importantes secretos de la Marina alemana. Estos secretos se habían conocido a través de la Estación Marítima de Wilhelmshaven.

Por los informes de los agentes destacados en Londres se supo que el espía jefe de la organización que se había hecho con toda aquella documentación era un individuo llamado Pettersen. Las autoridades policíacas de Colonia enviaron a Berlín al comisario que en París se había hecho con el telegrama de Pettersen a Glauss. Cuando el comisario regresó de Berlín traía consigo una orden por la que se encargaba a la Policía de Colonia un servicio de importancia: por todos los medios posibles, con agentes remunerados espléndidamente, habían de continuarse en Wilhelmshaven las investigaciones iniciadas ya. Según los datos ya obtenidos, el agente principal era el llamado Pettersen, que tenía su cuartel general en aquella ciudad de Wilhelmshaven y que se servía del vigilante Glauss para los trabajos de descubrimiento de secretos navales.

Detenciones

A partir de este momento, los hechos se fueron sucediendo con gran rapidez. Glauss estaba en Wilhelmshaven sometido a una vigilancia estrechísima, de la que, sin embargo, él no se daba cuenta. Se le veía continuamente acompañado, sobre todo, por Jaennicke, Suhr y el cabo Ehlers.

Muy pronto los agentes pudieron descubrir un hecho de importancia, base de gran valor para investigaciones inmediatas: aquellos cuatro hombres gastaban mucho más dinero del que ganaban; y Ehlers había amueblado hace muy poco su casa, gastándose en ello varios miles de marcos.

Descubrieron en seguida también los agentes de Colonia—día y noche al acecho de los comprometidos en el asunto—las constantes entradas que los vigilantes hacían en la primera hora de la mañana a la casita del jardín situada en la calle silenciosa y solitaria.

Así, merced a una labor infatigable y callada, pudo la Policía de Colonia—que tenía órdenes terminantes de no mezclar para nada en el asunto a la Policía de Wilhelmshaven, conocida de los comprometidos—preparar el golpe decisivo con absoluta garantía de éxito.

Una mañana, los agentes sacaron de sus casas a Glauss y a Jaennicke, que dormían confiadamente. Les llevaron separadamente a la cárcel. Al cabo de señales se le detuvo a bordo del buque en que prestaba sus servicios.

La declaración de Glauss

El comisario que dirigía el servicio interrogó solamente al cabo Ehlers, dejando en paz a los otros dos detenidos. El interrogatorio duró una hora. A lo largo de él, el marino fué confesando plenamente cuanto conocía del asunto aquel. Al final, Ehlers estaba agotado, abrumado por el peso de la culpa que sentía cernerse sobre él.

(Continuará en el próximo número.)

CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA (INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO)

Del lunes 10 al domingo 16 de Octubre de 1938

TEATROS

ASCASO.—6, El crimen del padre Amaro (de García-Iniesta).

IDEAL.—5. Los guapos, El santo de la Isidra y Gigantes y cabezudos.

GARCIA LORCA.—6, ¡Pide por esa boca! (superrevista excepcional).

LOPE DE VEGA.—6, ¡Qué más da! (grandioso suceso).

PARDIÑAS.—6, El barberillo de Lavapiés (la joya lírica de Barbieri).

A las 6,30

BARRAL.—El chiquitín de la casa (graciosísima).

COMEDIA.—Los Cuatro Caminos (gran éxito cómico).

CHUECA.—Tú, gitano, y yo, gitana (gran cuadro flamenco).

ESLAVA.—La casa de los líos o El sostén de la Milagros (clamoroso éxito de risa).

ESPAÑOL.—Amor a obscuras y Puebla de las Mujeres (hermanos Quintero).

FUENCARRAL.—Los amos del barrio (el verdadero éxito).

JOAQUIN DICENTA.—Las incendiarias (extraordinaria revista).

LARA.—¡Yo soy un señorito! (de Serafín Adame y Santiago de la Cruz).

MARAVILLAS.—Los cardenales (magnífica revista).

MARTIN. — Las ametralladoras (triunfo enorme).

PAVON.—Tirada en la vida (éxito delirante).

PROGRESO.—Rosa de Madrid (exitazo).

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—6, Radio Variedades Calderón 1940, con Pastora Imperio, Niño Pérez, Sepepe, Carmen Salvador, Muguet, Petit Ballesteros, Castex, Conchita España, Carmela Díez, Adelita Saavedra, Paquita Almería, Florita Aparicio, Orquesta Calderón, Maruja Nerina, Elsie, Conchita Alonso, Ballet Calderón, Baby and Jhonson, Manolo el de Badajoz, el Americano.

VARIEDADES.—4,15 y 6,30.—Lidia Toledano, Paulita Flores, Rosita Crespo, Les Richards, Ani Helma, Fidelita Cobos, Trío Cortés, Topete, Hermanas Brasil, Cojo Madrid, Alfonso Alfaro, Lolita Granados, Mary Paz y Encarnita Iglesias, Carmen Flores, Orquesta Florida.

ZARZUELA.—6, Conchita Casado, Matilde de Granada, Anita Jovellanos, Lolita Santadell, Rendón, Conchita Muñoz, Lerín, Eloísa Montes, Arthur, Hermanas Piquer, Victoria de Madrid, Pepe Medina, Hermanas Manón, Inesita Pena con orquesta Palermo, Niña de los Peines, Manolo Bonet, Ana Mary (Shirley Temple española), Rafael Martínez, Orquesta Renacimiento.

CINEMATOGRAFOS

DORE.—4,15 y 6,30.—La dama atrevida (española) y El potro indomable (caballista). Jueves: El último pagano.

TETUAN.—4 y 6, Honrarás a tu madre (en español). Jueves: La hija del Penal.

FIGARO.—4, Rosa de media noche (Loretta Young, Franchot Tone). 6, El gran Ziegfeld (en español; Louse Rainer, Myrna Loy, William Powell).

A las 5 y 7 de la tarde

ASTUR.—El secreto del castillo. Jueves: Crisis mundial.

AVENIDA.—Los claveles (española).

BARCELO.—Sucedió una noche (Claudette Colbert, Clark Gable; tercera semana).

BILBAO.—Casino de París.

CAPITOL.—El diputado del Báltico (film ruso en español; segunda semana).

ENCOMIENDA.—El misterio del castillo Torosky.

GENOVA.—El secreto de Ana María. Jueves: Un par de gitanos.

GOYA.—Atlantic Hotel. Jueves: Bajo dos banderas.

LATINA.—Malaca. Jueves: Viviendo en la luna.

MONUMENTAL.—La portera de la fábrica.

PADILLA.—Mártir del honor. Jueves: Tres meses de vida.

PALACIO DE LA MUSICA.—Mimí.

ROYALTY.—Vuelan mis canciones (Martha Eggert). Jueves: Caballero improvisado.

SALAMANCA.—La gran aventura de Silvia (Katharine Hepburn).

TIVOLI.—La virtud quebrantada.

CINES DE SESION CONTINUA

De 11 mañana a 9 noche

ACTUALIDADES.—Cargamento salvaje.

CALATRAVAS.—El caballo del pueblo.

CARRETAS.—Te quiero con locura.

GONG.—Amar en ayunas.

MADRID-PARIS.—Dos en uno (graciosísima).

De 5 tarde a 9 noche

BELLAS ARTES.—El día que me quieras.

BENAVENTE.—Asesinato en la terraza, Honrarás a tu madre.

DOS DE MAYO.—Tierra española y El monstruo de la ciudad. Jueves: Pasaporte de la fama.

ELCANO.—Vivamos hoy (Joan Crawford). Jueves: ¡Viva Villa!

FLOR.—Piratas del aire y El hijo del finado (caballista). Jueves: Kin-Kon.

HOLLYWOOD.—El buque de los misterios. Jueves: La flor de Hawai.

METROPOLITANO.—El perro de Flandes y La ley del más fuerte. Jueves: Días de sol.

OLIMPIA.—Las cinco advertencias de Satanás. Jueves: Barreras infranqueables.

PLEYEL.—Por unos ojos negros (Dolores del Río).

PRENSA. — Lo quiso el Destino (George Raft y Rosalin Rusell).

CINES CON «FIN DE FIESTA»

De 11 mañana a 9 noche

PANORAMA.—La alegre divorciada (Ginger Rogers, Fred Astaire).

De 5 tarde a 9 noche

DURRUTI.—El rey de las nodrizas (divertido vaudeville).

PROYECCIONES.—6, ¡Abajo los hombres! (española; segunda semana).

RIALTO.—El capitán odia al mar (John Gilbert, Víctor Mac Laglen).

Cada uno el traje de su oficio

Las prendas de forma militar para los combatientes

Estamos de cara a un tercer invierno de guerra. Todos, con magnífico espíritu de generosidad, se disponen a ayudar al combatiente a mitigar los rigores de los próximos días de inclemencia. Para el soldado únicamente deben ser las canadienses de buena lana, los chaquetones de cuero, las botas altas, las polainas...
(Fot. Videa)

CANTERA inagotable el inmortal libro de Cervantes—de cuyo nacimiento en estos días de Octubre es el aniversario—; abrirlo por cualquiera de sus partes es encontrar en seguida tema de reflexión y materia de provechosa enseñanza.

Al azar, ojeado, se tropieza, por ejemplo, con esta advertencia de Don Quijote a Sancho en vísperas de salir el fiel escudero para su Gobierno de la Barataria:

«Vístete bien. No digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te vistas con el hábito que tu oficio requiere.»

Este decir sensato del glorioso insensato viene de molde para cierto aspecto de nuestra actualidad.

Estamos de cara a un tercer invierno de guerra, y todos, con unánime generosidad, se aprestan a ayudar a los combatientes a mitigar los rigores de la intemperie. En prendas y en dinero, Madrid da como siempre, un magnífico ejemplo de desprendimiento coadyuvando a la Campaña de Invierno.

Y precisamente en estos días, con motivo de las primeras lluvias y apenas el tiempo ha empezado a refrescar, hemos empezado a observar en nuestra retaguardia algo sintomático, que nos hace recordar la oportuna prevención quijotesca:

«Vístete con el hábito que tu oficio requiere.» Porque han vuelto a hacer su aparición en Madrid, y entre la población civil, las «canadienses» de buena lana, los chaquetones de cuero, las botas altas, las polainas... Atuendo de aspecto militar que no debe admitirse ni siquiera como imperativo de la moda, porque no está la Magdalena para tafetanes frívolos.

No. Para viajar en tranvía desde el hogar a la oficina o el taller, para ir al cine, para disponerse a llevar los libros de contabilidad o trabajar en las fábricas o en los despachos oficiales, no hacen falta prendas de corte militar, abrigos abundosos, zamarras de cuero, botas fuertes... Todo eso tiene su empleo apropiado en el campo y para nuestros soldados...

No es mucho pedir que el ciudadano siga vistiendo su traje civil habitual. Para hacer un trayecto en *Metro* o para despachar unos metros de tela o escribir a máquina no hace falta un atuendo semiguerrero. Ni siquiera para cubrir apariencias que nadie exige, por estar dicho que igual se sirve a una causa, cuando se sirve bien, manejando un fusil en la trinchera que trabajando en una industria precisa o en cualquiera de los servicios útiles de la retaguardia.

Rechacemos, pues, las prendas vestuarias que, cuando no tienen por escenario el de la guerra, pueden parecer un disfraz aparatoso que, por otra parte, no engaña a nadie. Que el simple ciudadano se resigne, muy orgullosamente, a serlo en el cumplimiento de sus deberes y también en la apariencia. En una palabra, como decía don Quijote: «la toga para el juez y el uniforme para el soldado. Cada uno con el hábito de su oficio».

«Canadienses», chaquetas de cuero, recias botas, altas polainas, pantalones de gamuza, fuertes impermeables, son prendas excesivas para el simple transitar por Madrid. Y todo eso lo necesitan los heroicos luchadores del frente.

Ahora que está en toda su intensidad la «Campaña de Invierno» sería certera una disposición ordenando que todas las ropas y adminículos de forma militar fueran entregados a quienes verdaderamente los han de menester: a los soldados del Ejército Popular.

Al hombre civil bástele con su ropa de siempre, que, llevada con limpieza y dignidad, es tan brillante y honrado uniforme como el que más. Usar otra cosa, por parte del hombre civil, es usurpación o vanidad: dos defectos que ni en la guerra ni en la paz sirven para ganar nada.

SANGRISÁN
DEPURATIVO PERFECTO DE LA SANGRE
MANCHAS DE LA PIEL
GRANOS • LLAGAS • HERPES
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

HOMENAJE A UN ESCRITOR

ANTONIO DE HOYOS

Y LAS INTERROGACIONES ETERNAS

DE LOS CAFÉS DE CAMARERAS

A LAS INQUIETUDES SOCIALES

En Madrid se acaba de rendir un homenaje al escritor Antonio de Hoyos y Vinent por su labor de acercamiento a las inquietudes populares por su sentido de comprensión—que no es de ahora—de los anhelos y las rebeldías de las masas. Antonio de Hoyos no es un oportunista, y es esto, sobre todo, lo que da a su actitud y a su labor un acento de interés y de nobleza. Antes de hoy se ha podido ver en su obra el mismo espíritu de inquietud; el mismo: no estancarse en una modalidad o en un problema. Nada, por todo ello, más justo que este homenaje de ahora, sobrio, efusivo y cordial, al gran escritor.

Antonio de Hoyos y Vinent, el gran escritor, a quien hace unos días se tributó en Madrid un homenaje lleno de efusión y de justicia

En el Madrid brillante de la Gran Guerra la figura y la obra de Antonio de Hoyos tenían una gracia ligera y desenfadada. Era el novelista de los lujosos ambientes equívocos, de las pasiones turbias sobre un fondo dorado. Figuras de mujer enjoyadas y perfumadas vivían horas de locura en los salones de suntuosa decoración. El amor, el vicio y el alcohol; la carne, el misterio y la muerte. Era también Antonio de Hoyos el novelista de los cafetines con humo espeso de cigarros, con camareras en cuyas bocas gastadas dormía un eco de copla flamenca, con sangre y bronca en las horas de madrugada. Lo patético, lo trágico, lo monstruoso, ponían su huella roja o negra en las novelas breves del escritor. Bajos fondos sobre ambientes dorados o sobre callejas de mala vida. El rango social del escritor daba a sus páginas un interés más vivo, una emoción descarnada de documental excepcionalmente apasionante.

Pero ya en aquella primera parte de la obra de Antonio de Hoyos latía una inquietud, una disconformidad. Cuando se acababa la lectura de una de aquellas novelas—sabor doloroso de muerte y de carne, de vicio y de misterio—, en el espíritu quedaba una sensación fuerte y áspera. No acababa la novela al acabar su lectura. En el espíritu quedaba una interrogación que muchas veces era angustiosa.

Poco a poco esta inquietud se fué haciendo más firme; fué tomando formas más concretas. Ya Antonio de Hoyos no era solamente el novelista de las frivolidades y las pasiones del gran mundo que él conocía tan bien. No era ya solo el novelista de los cafés de camareras, de los casos clínicos, de los amores ensangrentados. La gran inquietud del más allá, la inquietud de los días en que la tierra era niña atormentaban al escritor, que cada vez iban desprendiéndose más de sus primeras fórmulas de novelista, de aquella primera manera que le dió fama inicial.

Sobre las nuevas páginas del escritor se proyectaba la sombra de Wells, el gran inquieto de las interrogaciones humanas. ¿Cómo había sido la tierra en los días remotos de su infancia? ¿Cómo había sido el hombre en aquellos días de sombra? ¿Qué misterios dormían en el hondo palpitar de los mundos? Antonio de Hoyos, embrujado de curiosidad apasionada, se iba hundiendo en la gran cadena inagotable de los misterios de la vida y del Mundo. Las sirenas de lo desconocido le cantaban junto al alma, ávida de respuestas a las eternas interrogaciones humanas.

Y así, de inquietud en inquietud, de pregunta en pregunta, Antonio de Hoyos —el novelista aristócrata, el escritor de las pasiones turbias y trágicas sobre fondos linajudos o sobre callejas de mala vida—llegó al gran drama vivo de lo social. Se acercó al dolor y al anhelo de los humildes y comprendió el fondo de razón y de justicia que late en las rebeldías populares. Un nuevo hombre, una nueva organización social, económica y política... Era preciso renovar profundamente el Estado y la sociedad, transformarlos, mejorarlos, humanizarlos. El bien había de ser para todos. Habían de morir muchas cosas y otras habían de nacer. Al llegar la guerra, Antonio de Hoyos no tuvo necesidad de improvisar actitudes, de sentir apasionamientos súbitos, de fingir rebeldías y entusiasmos repentinos. El, fiel a sí mismo, siguió sintiendo lo que sentía; siguió escribiendo lo que—lleno de anhelo humano y social—venía escribiendo ya. Su espíritu y su conducta eran los que habían sido hasta entonces.

La emoción del trabajo—cuartilla nuestra de cada día—le llenaba. El trabajo—ahora, en la guerra, como antes, desde que sintió la llamada de las grandes interrogaciones humanas—puesto hoy, sin improvisaciones, al servicio del dolor del pueblo, de su anhelo de justicia y de renovación.

No hay, en contra de lo que a primera vista pudiera aparecer, contradicción entre aquellas primeras novelas apasionadas de Antonio de Hoyos y estos artículos suyos de hoy. Porque en aquellas páginas iniciales latía ya una rebeldía que, al evolucionar, al sufrir el choque con las distintas realidades de la vida y del Mundo, había de desembocar en este acento que hoy tiene la obra del escritor. El que sepa ver la obra total de Hoyos y Vinent encontrará absolutamente lógica esa evolución que su modo de sentir lo humano y lo social ha ido sufriendo. Por eso en él hay un ejemplo justo—raro ejemplo—del escritor que, bajo fórmulas literarias aparentemente distintas, es siempre fiel a sí mismo, a su pensamiento y a su sensibilidad.

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)